Nuestras propias historias

Relatos fantásticos II







Relatos fantásticos II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-344-9

© Ministerio de Educación del Ecuador, 2018

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier forma y por cualquier medio mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada por el Ministerio de Educación del Ecuador y se cite correctamente la fuente.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




CRISTINA ELIZABETH JIMÉNEZ
nació en Amaluza-Espíndola, Loja, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Monseñor Luis Alfonso Crespo. Su actividad favorita es jugar baloncesto.

Más allá de lo desconocido

Érase una vez una familia que vivía cerca del cerro Guambo. Conformada por seis integrantes, no era como cualquier otra; esta era especial porque uno de sus miembros poseía un don peculiar. Sofía, la menor de los cuatro hermanos, tenía una cualidad particular, que aunque para sus padres no era importante, hicieron lo que estuvo a su alcance para cuidarla, a pesar de que no compartieran el vínculo de sangre. Siempre le ocultaron la verdad sobre quién era en realidad y de dónde provenía, pero Sofía, al cumplir diecisiete años

sentía curiosidad por el mundo y, como cualquier joven, quería experimentar por sí misma lo bueno y lo malo que ofrece la vida.

Sus padres le impedían cruzar la cerca pero ella, cansada de vivir en el encierro, un día salió sola, a altas horas de la noche, aprovechando que tanto sus padres como sus hermanos estaban dormidos. Cruzó la cerca, caminó y caminó hasta que el sol yacía en frente de ella, y por un momento se sintió perdida, pues nunca había ido más allá, era la primera vez que cruzaba sus límites. De pronto, a lo lejos, un ruido llamó mucho su atención. Guiada por este, cada vez se alejaba más y más de su casa, hasta tal punto que ya no tenía idea alguna de dónde se encontraba.

Perdida en un lugar desconocido, guiada por aquella voz, encontró un ave tendida cerca de un árbol, Sofía la tomó en sus manos y observó que tenía una herida en el ala izquierda. Se entristeció y, con suavidad y cariño, acarició suavemente la parte afectada. Sin darse cuenta, el ave levantó su cabeza e intentó volar con mucha dificultad, ella la tenía en sus cariñosas manos, hasta que el ave soltó el vuelo y se levantó a los cielos sin dolor alguno. Sorprendida y confusa por lo que había ocurrido, se sentó en un arroyo y pensó mucho en la situación, no podía creer lo que acababa de pasar. ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo el ave pudo volar? Tenía muchas preguntas que quizá nadie podía contestar. Con gran dificultad, llegó a un pueblo que a ella le resultaba desconocido.

Mientras tanto, en casa, su familia ya se había dado cuenta de que Sofía no estaba en su habitación. Preocupados, la buscaron por los alrededores, pero sin tener resultado alguno. Carlos, su padre, pidió que la buscaran en el pueblo, así que ensillaron los caballos apresuradamente y cabalgaron sin desvío alguno.

Por otro lado, en el pueblo, Sofía recibía miradas de asombro, miedo y desprecio, una mezcla que sin duda opacaba la dulzura e inocencia de la menor. Sin comprender lo que estaba sucediendo,



ella siguió caminando y admirando lo que sus ojos podían alcanzar a observar, a la vez que sentía las miradas fijas y los murmullos de las personas que cruzaban cerca de ella. Llegó a un pequeño banco, reposó sobre él por algunos instantes y se dio cuenta de que junto a ella se encontraba un hermoso cachorro que había nacido con parálisis en sus patas traseras. Sintió nostalgia, así que lo tomó en sus brazos y acarició suavemente sus patas. Luego de varios minutos, el cachorro dio un brinco, lleno de fuerza y energía. La gente se asombró al ver este acto celestial, todos la miraban de forma inquisitiva, pero también con miedo, un miedo que atravesaba los límites de su entendimiento, de su razón y de su verdad, llevándolos a preguntarse: "¿Acaso esto es inhumano? ¿Acaso el mal nos acecha?

—¡Agárrenla! —se escuchó de una voz temblorosa a lo lejos.

Pero casi nadie se atrevía a acercársele, hasta que uno se armó de valor y se dirigió hacia ella, y seguido de él, unos cuatro más.

Sofía, agazapada y llena de miedo y confusión, no lograba entender ni mucho menos asimilar lo que había sucedido y lo que estaba por suceder. Al cabo de unos instantes sintió que la tomaron de las manos y la forzaron a que caminase rápidamente hacia un cuarto oscuro, donde los poblanos almacenaban lo que ya no era útil. Hicieron esto puesto que nadie quería que la menor entrara en su casa. La ataron de piernas y manos, y sellaron su boca con un trapo color rojizo. La colocaron ahí y procedieron a salir con gran rapidez, sellando el cerrojo de la puerta de madera. Con la mente en blanco, Sofía solamente se sentía inerte, sin fuerzas y sin ganas de mover siquiera un dedo.

La noche caía cuando Carlos y su familia llegaron al pueblo en busca de la menor. Al acercarse a la plaza vieron a toda la gente del pueblo reunida y no hablando sino gritando.

—¡Mátenla, mátenla!

Enseguida, Carlos bajó del caballo, se dirigió hacia el centro del ruedo y dijo:

—Basta ya, ¿qué es lo que ocurre?

Al instante recibió miradas penetrantes y desentendidas, hasta que alguien le respondió:

—Que muera la joven que no es humana.

Carlos se quedó frío por unos segundos, pero reaccionó diciendo:

—Esa joven es mi hija y claro que es humana. Solamente es especial porque vino a nosotros con ese don al que ustedes tanto le temen. Al mirarla ella destella luz mas no oscuridad, pero ustedes no son capaces de verla tal cual es porque su miedo es más grande que la verdad que está justo en frente. Su terror se apodera de su sentido y bloquea por completo la razón. Entiendan, no deben temer a lo desconocido. Deben lograr comprender lo que es diferente a nosotros, porque no somos únicos, siempre habrá más.




ZOILA GERMANIA IMBAQUINGO
nació en San Isidro, Carchi, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Alfredo Cisneros. Su actividad favorita es fomentar la lectura.

¡Quiero ser Dulcinea!

¡Ay!, mentirosillo y bribón. Fracaso de recadero, a ver, dime: ¿dónde está la carta de amor que me envió aquel caballero de la triste figura? Jamás me has visto y aun así te atreves a contradecirle a ese loco enamorado mío, que se adormece con mi "olor sabeo" y mi "fragancia aromática", pero que a tu regordeta naricilla de mí solo llega "un olorcillo algo hombruno". ¡Insolente escudero!

Yo podría ser la seductora Helena de Troya, causante de guerras entre griegos y espartanos. Yo, que también podría pasarme tejiendo y destejiendo mientras espero a mi homérico

héroe Ulises, prefiero quedarme aquí, en algún lugar de La Mancha, "ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de canutillo", aunque tú, tontón, no me veas más que "ahechando dos fanegas de trigo en un corral". ¡Socarrón!

Yo no quiero ser Safo, la hija de la Luna, ni que Platón me dé pase libre a la eternidad como su musa. Yo quiero seguir siendo, a los ojos de mi amado, la doncella más hermosa, hija de Lorenzo Corchuelo y Francisca Nogales. Dante no me seduce con sus promesas de atravesar el infierno para alcanzar el paraíso. Eso que le crea su Beatriz. Si a Margarita le impresiona aquel Fausto y su pacto con el diablo, bien por ella. Yo ya elegí, seré por siempre y para siempre la dama del amor cortés, ¡Dulcinea!

A ver, ¿acaso han visto ir a Tristán por los caminos polvorientos batallando con treinta o cuarenta molinos de viento solo por su amor a Isolda? No, eso no hizo ni Romeo por Julieta: quedarse molido después de aquella desigual afrenta y no dejar escapar ni siquiera un "¡Aaay!", porque como dice mi ingenioso hidalgo, Don Quijote, "no es dado de caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella".

Solo por mí un caballero rezuma amor por cada poro y me llama enemiga amada mía, soberana y alta señora. He llegado a convencerme de que hay amores y amores, ninguno como el de mi Don Quijote, para quien soy "hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada". Jamás he oído tanta florida verborrea y con eso me doy por satisfecha. Pero va a ser que no, porque mi espadachín medieval, durante sus andaduras, también exigió a unos mercaderes proclamarme Emperatriz de la Mancha y la dama más hermosa sobre la Tierra. Él es quien, para mí, sin pausa declamó:

¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero, que hiciste venturoso,
mirara alguna desigual pelea!

Esos enamorados que se han inmortalizado en la literatura, la poesía, la historia y la pintura van ofrendando perlas, palacios, castillos y reinados. A mí que no me pidan que cambie a mi caballero andante y su Rocinante por Lancelot y su espada, eso está bien para Ginebra. ¡Pobre Rey Arturo! No insistan, yo ya decidí. ¡Quiero ser Dulcinea!, esa ninfa garcilasiana que cabalga entre ceja y ceja en los desvaríos de mi escuálido caballero. Me doy por servida y renuncio a esos musculados brazos del romano Marco Antonio, él se lo dejo a Cleopatra. Él, que se fue ganando guerras contra bárbaros y partisanos y ambicionaba ser emperador, no me provoca maripositas en el estómago. A mí lo que me va es ese relinchar de los caballos, el tocar de los clarines y el ruido de los tambores que mi larguirucho y enclenque errante escucha antes de la sin igual batalla con dos bravos ejércitos. Pero allí donde mi caminante veía valerosos soldados del emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, Sancho Panza no oía más que balidos de ovejas y carneros. En efecto, eran dos rebaños que se acercaban y a los que mi Don Quijote con bravura embistió, con el único anhelo de congraciar a mi corazón.

Está bien. Que termine esto. Ya no quiero que mi magullado caballero vaya por los caminos fajándose con arrieros, mal durmiendo en fondas malolientes y cabalgando con un cuenco de barbero en su cabeza para gozo y burla de los pasantes y bochorno de Sancho Panza. Él, aquel que me ama, ya me ha dado todo. Mi nombre, Dulcinea, es la encarnación misma de la belleza y la virtud. Soy, de aquí a la eternidad, la bien amada, el objeto de inspiración de poetas, cantantes, pintores y locos.



Les suplico, no me pongan una vez más a escoger. ¿Que si me gustaría mejor ser la Josefina de Napoleón?, digo que no. Aunque es cierto que la amó y mucho, aunque la dejó para casarse con una princesa que le daría descendencia. Tú, Napoleón, cortado con las mismas tijeras que los de tu estirpe, renunciaste al amor por la ambición y el poder. ¿Para qué?, para morir solo y abandonado en el fin del mundo y para que te construyan una pomposa tumba de mármol en El Palacio de los Inválidos, en París. Mi Quijote es diferente, no es de este mundo, él no va en busca de coronas de laureles, ni armiños, ni cetros de oro. Solo quiere ser el caballero andante que se devanó los sesos leyendo las aventuras de caballería del Amadís de Gaula y va por la vida alucinando por mi amor. Yo, Dulcinea, soy la musa de la obra literaria más famosa después de la *Biblia*. No se puede pedir más… lo siento, Shakespeare.

No me bastan cartas que siempre terminan con un "Tuyo del

alma, Bolívar". Poco o nada me atrae ser Manuelita, "la libertadora del Libertador". Dicen que ella fue el gran amor de su vida. Tal vez, pero lo que veo es que más estuvo enamorado de la guerra de la independencia que le dio el pasaje a la inmortalidad. Mi hombre de la armadura solo necesitó de la genialidad de Miguel de Cervantes, quien le dio vida en el papel y lo mandó a vivir venturas y desventuras en su andar caballeresco, todo por su Dulcinea del Toboso, su luz y la razón de todas las tribulaciones en las que se embarcó.

Sí, también creo haber escuchado hablar de Florentino Ariza. Aquel solitario que se hizo viejo y melancólico esperando a su Fermina Daza, en *El amor en los tiempos del cólera*. Otra vez Gabriel García Márquez volvió a sus andadas escribiendo una de las mejores historias de amor del trópico. Debo aceptar que esto me ha puesto a deshojar margaritas: Dulcinea o Fermina, Dulcinea o Fermina, Dulcinea o Fermina… Ahora sí que me estoy comiendo las uñas. Estoy en un barco, subiendo y bajando sin fin por el río Magdalena. Florentino está a mi lado, asegurándome que este ir y venir bien puede seguir por otros cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches. Toda la vida, ese es el tiempo que me esperó. A eso lo llamo amor sin fecha de caducidad, amor invencible, amor paciente. ¿No está nada mal, eh?

Pero, artrítica y canosa, salgo corriendo de los brazos de Florentino y de su barco. Es que yo me inclino más por ese amor que no es terrenal, que es amor de caballeros andantes, porque no hay caballero andante sin dama y mi Quijote sin mí, su Dulcinea, es, como él mismo dice, un "árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma". Por eso y más, ¡yo quiero ser Dulcinea!

En esa carnavalada de sueños estaba cuando sonó el despertador. Eran las cinco de la mañana. No hay tiempo para desperezarme, tengo que despertar a mi hijo y alentar a mi marido para que se libere de las sábanas. Bajo corriendo a preparar el

desayuno, casi siempre café para terminar de despertarme. Entre cinco y seis soy la típica mamá “apúrense que se hace tarde”. La comandante en jefe de marido, hijo, perros y gato. Todos tienen que irse o quedarse bien comidos, abrigados y seguros.

Cuarto para las siete, estoy casi lista para salir al trabajo; de reojo me miro al espejo y allí estoy, y lo que veo es a una mujer y trabajadora, madre y esposa, hija y hermana, maestra y compañera, inquieta y luchadora, realista y soñadora. Y también veo a Don Quijote. Sí, sí, sí, a Don Quijote, como lo leen. No con su armadura y montado en su Rocinante, sino a un Quijote de falda y chaqueta, con rostro de mujer, con la cartera en una mano y las llaves del auto en otra; lista para salir a batirme, como cientos de miles más que viven en mi ciudad, con los molinos de viento del tráfico, de la inseguridad, de la contaminación y el ruido, de la pobreza y la miseria, del amor y el desamor. A ver, seamos honestos y aceptemos que la vida es una diaria quijotada, de vez en cuando abrazada por un sueño llamado Dulcinea, que todos llevamos dentro. Por eso y por más, ¡yo quiero ser Dulcinea!, porque Quijote ya soy. A mi manera lo soy y ustedes también.




RASHEL GAVILANES
nació en Lago Agrio, Sucumbíos, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Pacífico Cembranos. Su actividad favorita es leer.

El niño que no hablaba

En un pueblito lejano llamado Nica, un niño mudo llamado David trabajaba de bolero, porque no tenía los recursos para estudiar como otros niños. Solo vivía con su papá porque no tenía más familia, no tenían para comprar comida y no le daban trabajo en ningún lugar porque no podía hablar. Una tarde en que llegó a su casa, después de trabajar todo el día, se encontró con un policía y se asustó, ya que no sabía lo que pasaba al interior de su vivienda.



De inmediato corrió a buscar a su papá, pero lo encontró colgado de una soga con una nota amarrada en su muñeca que decía: "Hijo, te quiero demasiado pero ya no soporto nuestra situación, siento que no sirvo para nada y no sabes cómo estoy llorando en este momento que estoy escribiendo la nota, espero que algún día me perdones y para entonces no llegues a ser un hombre inútil como yo".

David soltó la nota y salió corriendo sin mirar atrás, hasta que llegó a la salida del pueblo. Sentía que debía demostrarle a su papá que se equivocó al tomar esa decisión y que él iba a ser un gran hombre, con muchos objetivos por cumplir; sin embargo, recordó que no tenía los recursos para poder recibir una buena preparación. Al llegar a una estación de tren vio a un niño solito, muy triste, que estaba pidiendo limosna. David solo cargaba una moneda en su bolsillo, sabía que le podía servir para comprarse

un pan y alimentarse pero decidió dársela al niño que estaba pidiendo limosna. El niño le agradeció y le sonrió.

David fue al baño público de la estación de tren y se encerró a llorar, de pronto entró un sujeto con una mirada muy intensa, lo vio y lo abrazó. David cerró los ojos y, cuando los abrió, el hombre ya no estaba. Entonces se asustó y salió del baño a buscarlo, pero no le encontró. En ese momento, del susto, David dijo: "Señor". Inmediatamente reaccionó, al darse cuenta de que, de la nada, había hablado por primera vez y no sabía por qué. Fue a buscar al niño que pedía limosna y tampoco lo encontró. Entonces empezó a preguntar a muchas personas sobre él, pero todos pensaban que estaba loco, porque en ningún momento habían visto a un niñito pidiendo limosna. David empezó a desesperarse y pensó que solo era un sueño, pero de repente vio al niñito de la limosna y al sujeto extraño que lo abrazó dirigiéndose a una luz blanca, es ahí cuando se arrodilló y empezó a llorar de la emoción, porque Dios había sido quien lo abrazó, dándole las gracias por tener un corazón tan puro y humilde; y el niño de la limosna era un angelito que Dios puso en su camino para probar su gran corazón, a pesar de las dificultades por las que estuviera pasando. David se puso de pie y empezó a escuchar unas voces melodiosas que provenían de una iglesia, así que se acercó y aprendió a cantar como ellos. El padre de la iglesia escuchó la gran historia de David y de cómo habló por primera vez y no dudó en aceptarlo en su hogar.

Después de mucho tiempo, David se convirtió en un gran cantante y cada que le preguntaban dónde había aprendido a cantar así, él contestaba que el que cantaba no era él, sino Dios.

Dios le hizo ver la vida de otra forma y siempre supo que su papá estaría escuchándolo desde el cielo.



ANA LUCÍA GALARZA
trabaja en la Unidad
Educativa Guapara.

Todos somos el cambio

Érase una vez un grande y hermoso bosque donde vivían muchas ardillas muy felices. Una tarde de lluvia nació una ardillita que no era como las otras, era algo diferente: no tenía sus patitas traseras. Esto fue inesperado para sus padres, que no sabían qué hacer. Sintieron tristeza y reprocharon los designios de Dios. Sumidos en su nostalgia, se apagó su alegría y optaron por quedarse casi todo el tiempo en casa. A la pequeña ardillita le quitaron la oportunidad de socializar con otras ardillitas por temor a que se burlaran de ella o la avergonzaran por ser diferente.



Transcurrieron cinco años en que la ardillita pasó sola y triste, hasta que llegó el tiempo en que tenía que ir a la escuela. Sus padres tenían miedo de enviarle, pero la ardillita les pidió desesperadamente ir a su primer día de clases y, ante tantas súplicas, finalmente accedieron.

Llegó el gran día, la ardillita alistó sus materiales y fue a la escuelita. Al entrar en su silla de ruedas se robó la mirada de todas las presentes, quienes no sabían cómo tratarla. Unas la miraron con lástima y otras con desprecio. Al ver esto, la maestra empezó una campaña de inclusión de las ardillas con capacidades diferentes, y así fue cómo todas las ardillitas de la escuela participaron en juegos de integración. Lo más emocionante fue que la ardillita, en su silla de ruedas, participó en todas las actividades, igual que las demás. Cantó, dibujó, jugó fútbol e hizo muchas amigas. Ese día fue el más feliz de su vida y ella descubrió que podía ser tratada por igual.

Desde ese día las ardillitas aprendieron que todas son importantes y que no importa la raza, las costumbres, el color del pelaje o si tienen capacidades diferentes; todas son valiosas y deben aceptarse, quererse y ayudarse entre sí para vivir en un mundo mejor e inclusivo.

Cuando la ardillita creció tuvo las mismas oportunidades que el resto, porque en Ardillilandía existía la ley de la Revolución Educativa e Inclusiva. Se graduó de psicóloga y desde ese día visita las escuelas con el siguiente mensaje:

“El cambio de la sociedad depende de ti, cada granito de arena cuenta, pon el tuyo y construiremos un mundo mejor”.

Colorín colorado, ahora la ardillita es muy feliz y este cuento se ha terminado.




MAYROVICK ISABELA TOVAR estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular Federico Froebel.

Lili y el sentido de la vida

Lili era una oruga que siempre andaba sola y triste, no sabía para qué había sido creada, buscaba el sentido de la vida pero no lo hallaba. Quería sentirse útil, bella y amada, y observaba cómo los demás animales del bosque eran admirados por su capacidad de aportar a la naturaleza.

Un día, Lili la oruga se sentó al filo de un lago a pensar cómo podía cambiar la vida que llevaba. Un saltamontes que pasaba por

ahí escuchó los lamentos que balbuceaba la oruga y se acercó para saber si podía ayudarla. Viéndola cabizbaja, le preguntó qué le sucedía, Lili, sorprendida de que alguien la notara, salió huyendo del lugar y dejó atrás al saltamontes. Al llegar a su casa comenzó a llorar porque había actuado de una manera impulsiva, y volvía a encontrarse sola.

Al día siguiente, mientras observaba cómo un castor, a lo lejos, trasladaba la madera de un lugar a otro, se le ocurrió una idea; se dijo: "¿Seré un castor y por eso no logro que nadie me admire?". Se fue hasta donde estaba la madera e intentó alzar un pedazo, pero al ver que no podía se enojó; comenzó a ver qué era lo que tenía de malo y se dio cuenta de que sus brazos eran muy pequeños y débiles. Entonces asumió que no podía ser un castor porque no tenía la fuerza necesaria para trabajar de esa forma, pero siguió intentando, no se iba a dar por vencida.

Caminando por una pradera observó cómo unas hormigas llevaban los alimentos hacia sus casas. Decidió investigar y al ver que ellas trabajaban en equipo se desanimó, porque ella no tenía con quién realizar aquella acción, ya no poseía las ganas de seguir con aquel objetivo.

Se dirigió hacia su lugar favorito, el lago, ya que cada vez que se sentaba ahí, la brisa que soplaba le recordaba los calurosos abrazos de su madre. Había olvidado lo que era estar allí, la paz que le traía, estaba tan pendiente de lo que le preocupaba que había dejado de lado la importancia que tenía para ella ir todos los días a ese lugar. Su mamá siempre le hablaba de encontrar el sentido de la vida para poder ser feliz, de que lo único capaz de llenar el corazón era poder hacer lo que más amaba, "pero ¿cómo?", se cuestionaba Lili. Cansada de esta situación decidió retirarse a su hogar, pero antes de irse prometió visitar el lago constantemente, para sentirse cerca de quien una vez le otorgó los mejores momentos.



Al día siguiente, en el lago, encontró a alguien, al observarlo mejor se sorprendió porque era el mismo saltamontes que días atrás se había acercado a ella. Ya sin temor decidió sentarse a su lado, queriendo ser amigable le dijo:

—Hola, sabes que estás invadiendo mi espacio íntimo, pero solo porque te escuché llorar te permito que te quedes.

El saltamontes, al escuchar aquel saludo, se río y alzó su mirada, qué casualidad, era la misma oruga que había visto unos días antes. Aprovechando la oportunidad, se acercó para conversar con ella, le parecía agradable.

Se presentaron, y la curiosidad de Lili fue tan grande que le llevó a preguntarle el porqué de su llanto. Pedro, así era como se llamaba el saltamontes, le respondió:

—Soy nuevo por aquí y no tenía con quién hablar, por eso empecé a llorar.

Lili, sorprendida al percatarse de que no era la única sin amigos, le respondió: —Yo tampoco tengo amigos, pero si deseas podemos reunirnos a conversar, todos los días, en este mismo lugar.

Pedro, encantado por aquella noticia, aceptó.

Al cabo de unos días, Lili ya no se sentía sola, Pedro se había convertido en aquel amigo que tanto quería, pero había algo que aún le faltaba: terminar de encontrar el sentido de la vida. ¿Qué era eso de lo que tanto hablaba su madre?, quería experimentarlo. Le comentó esto a Pedro y le contó cómo se sentía y de los intentos fallidos que había realizado para poder encajar en la naturaleza.

Pedro no estaba cómodo con lo que su amiga le contaba, sentía que debía ayudarla. Pensó: "Cómo una oruga con tanto carisma busca brillar con una luz que no es la propia, por eso se apaga cada vez más". Él sabía lo que Lili tenía que hacer: aprender a conocerse y aceptarse, para poder ser libre.

Día tras día, Pedro acompañaba a Lili al lago, ahí le explicaba que no había nadie capaz de ayudarla si ella no aprendía a quererse, y para tener amor propio debía dejar de tratar de imitar a los demás; ser feliz siendo diferente era la única forma de ser libre, lo demás vendría por añadidura. Lili nunca se había puesto a pensar en todo lo que su amigo le decía. Tenía razón, siempre había deseado ser como los demás pero jamás había buscado sentirse cómoda con ella misma.

Una tarde, estando al pie del lago, por primera vez su corazón latió de emoción, ya no era la misma oruga que un día lloraba por no ser como los demás, ahora en su rostro se pintaban hermosas sonrisas porque sabía su verdadero valor y el lugar que ocupaba en la naturaleza. Se quería como era y no había nada que la hiciera dudar de aquel sentimiento. Sentía cómo el viento le rozaba las mejillas y pudo escuchar la voz de su madre diciendo que estaba

orgullosa, que lo había logrado. Lili estaba feliz pero no entendía el porqué de aquella frase. Sin más, se fue a su casa a descansar.

A la mañana siguiente, algo en Lili había cambiado. Despertó y se sentía extraña, pensó que era por lo del día anterior en el lago, se fue a preparar el desayuno y, al pasar por el espejo, vio que ya no era la oruga de siempre. Tenía dos hermosas alas con colores variados, unos ojos carmesí y pestañas rizadas, no se reconocía. Se sorprendió porque por fin había hallado su verdadera identidad.

Salió de su casa y empezó a batir sus alas, volaba por los aires tocando las nubes con sus largos brazos, lloraba pero esta vez no era de tristeza, sino de felicidad pura. Buscó a su amigo para que observara en lo que se había transformado, pasó por el lago y vio que ahí estaba Pedro, así que se acercó. El saltamontes, admirado por su belleza y por su transformación, la abrazó. Sentía orgullo de su amiga y a la vez tristeza al pensar que podía abandonarlo. Lili, al notar que Pedro se entristeció, como si leyera su mente, le respondió:

—No te voy a dejar, gracias a que tú llegaste a mi vida pude descubrir quién soy. Somos amigos y eso no va a cambiar.

Se despidieron y Lili entendió la frase de su mamá, miró hacia el cielo y supo que nunca la había abandonado. Todo lo que tuvo que pasar fue parte de un proceso del cual ahora se ríe. Hoy bate sus alas, vuela, adorna la naturaleza con sus hermosos colores y es feliz.

 

MARIANA ROSA AWAK
nació en Gualquiza, Morona Santiago, en 1958. Trabaja en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Fiscomisional Etsa. Su actividad favorita es la agricultura.

La luciérnaga

El 14 de febrero de 1958 todos se alegraron porque había nacido una luciérnaga en medio de la selva. Cuando abrió los ojos por primera vez, vio el rostro que nunca podrá olvidar y que guardará siempre en su interior. La luciérnaga era tan especial que crecía y crecía, y tenía muchas ganas de volar y explorar todo lo que le rodeaba. Cuando salía de su capullo, corría, subía, cantaba y lloraba.

Un día, un aroma interior la llevó a unirse a otro capullo, donde inició otra forma de vida. Desde los ocho hasta los quince años creció alejada de su familia, así vivió toda su infancia y

adolescencia. Su ritmo de vida cambió porque convivía con otras luciérnagas. Siempre hacía lo que sus padres le habían enseñado, siempre comedida compartía con amigas sus conocimientos y experiencias.

La luciérnaga quería ser especial y romper el tabú del machismo, que reinaba en aquel entonces porque las hembras solo tenían que servir, no valían para otra cosa. No perdía la esperanza de hacer realidad su sueño. La luciérnaga tenía que aprender mucho sin descuidar ni el menor detalle de los adultos. Ella decía: "Las hembras somos pudientes, mucho más que los machos". Un día dijo: "Yo puedo y romperé ese prejuicio de los adultos, que las hembras no pueden volar demasiado alto". Se preguntaba: "¿Acaso solo los machos son pudientes y sabios? ¿Quién ha dicho que las hembras son torpes y solo deben dedicarse a cuidar a las crías?".

A los doce años fue nombrada líder del grupo y tenía tres amigas con quienes se organizaban para pelear con los machos. "Uuffffff… Verán de lo que somos capaces. ¿Qué haremos? ¿Acaso estudiar más y cumplir las disposiciones de los adultos? ¡Claro que sí!". Eso hicieron. No dejaron en paz a los machos.

A la luciérnaga le gustaba saltar, correr, apropiarse de las cosas buenas. Escuchaba, veía lo que los adultos hacían, siempre le apoyaban, no tenía ninguna barrera que le impidiera triunfar. Un día alguien le dijo: "Las hembras son tontas, nosotros los machos somos los sabios, ¡ja, ja!". La astucia y su voluntad por ningún motivo le permitían aceptar la burla de los machos.

De repente, un hombre con tez blanca, pelos rubios y ojos verdes le dijo: "Tú tienes que volar muy alto. ¿Puedes hacerlo?". Sin perder tiempo, con su rostro resplandeciente de alegría, le gritó: "¡Sí, me iré, me iré!", pero no sabía lo que pasaría más tarde.

El ocaso se escondía detrás de las altas montañas y el susurro



del viento cubría su rostro serio. Una voz ronca dijo: “Eso no”. Entonces surgió el tiempo frustrante al escuchar estas palabras: “Tu meta no es aquella, regresa de donde saliste, allí permanecerás hasta la nueva época e incluso se hará lo que decidan los adultos sobre tu futuro”. La luciérnaga, muy triste, llamó a la humildad y la paciencia para que le ayudaran a calmarse.

Su voz interior le decía: “¿Distingues algo en la lejanía?”. Con una voz suave y estremecida se respondía a sí misma: “¡Sí! Allá tienes que llegar, no temas ni te preocupes”. Transcurrieron muchos meses y años de pena, tristeza y melancolía mientras se dedicaba a la limpieza y obedecía todo lo que le decían. Pero su clamor era: “¡Oh, Dios mío! Tú eres mi luz y mi guía. Esclarece mi mente. Sé que a mi lado siento tu aliento y tu frescura en mi interior”. De repente, su sueño esperado y la fe brillaron por otro lado y decidió dejar ese lugar.

Nadie se opuso a su decisión. La dejaron libre y voló por tierras lejanas, sin saber dónde permanecer por dos años y medio. ¡Ella no estaba sola! ¡Alguien estaba con ella! Dios bondadoso. La fe y la esperanza la esperaban con dulzura. Se dijo para sí: “Sueño estar en tierras calurosas pero no puedo decidir sola”. A la vez temblaba de miedo y alegría, pero no sabía que su esperanza la esperaba en la tierra que la vio nacer.

Otra vez en casa, de pronto, vio acercarse a un hombre barbado y serio que le dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿Quieres irte? ¿Por qué no ayudas al que te necesita? Si lo haces, lograrás lo que sueñas.

Sin perder tiempo la luciérnaga respondió:

—Eso haré, pero con una condición, ¿me ayudas a cumplir mi sueño?

—Claro que sí —le respondió. Nunca olvidará ese rostro risueño con la mejilla llena de barbas que la tomó de la mano y le dijo—: Deja todo lo que tienes y sígueme, ha llegado tu esperado sueño.

La luciérnaga ahora ha crecido, ya es adulta, todo su esfuerzo y sacrificio no fueron en vano. Halló su sueño esperado en su tierra natal, todos estaban asombrados de ver a una mujer con libros. Muy especial y muy afanada en sus responsabilidades, le veían mal, pero no estaba sola, su maestra era su compañía.

 

JESSICA GABRIELA ÁLVAREZ
nació en El Pailón, Carchi, en 2003. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es jugar fútbol.

La ardilla y el guatuso

En el lejano bosque húmedo de la provincia del Carchi crece día a día un robusto árbol. Sus hojas, templadas como el hierro, juegan con la pequeña brisa que las acaricia día y noche.

De sus ramas, que son enormes diagonales ancladas en el aire, nacen silenciosamente, tras las flores, las frutas del madroño, alimento indiscutible para la ardilla, que cada mañana, a la



salida del sol, trepa sigilosamente el coposo árbol y husmea entre las hojas. Una y otra vez, la ardilla sube y baja del árbol, salta por las ramas jugando con las frutas y, a veces, deja caer el dulce fruto sobre la húmeda tierra, que la recibe ansiosa para hacer germinar una planta que algún día dará más frutos para que jueguen con las ardillas.

Un buen día, cuando la ardilla caminaba sobre las pesadas ramas del árbol, jugueteando con las frutas de los madroños, vio que sobre la tierra húmeda por la llovizna de la noche se paseaba elegantemente un hermoso guatuso. Nada más que el hambre lo había llevado hasta ese lugar, olfateando el azúcar de la fruta que se escapaba libremente por los matorrales de aquel bosquecillo. Cuando sació su hambre se paró, contento, sobre sus patas traseras y, plegando las manos sobre su hocico, se limpió la cara como todo un señor animal. Luego, encogiéndose de manos y patas, pegó un

salto y se escurrió lentamente por debajo de las ramas. La ardilla observaba desde arriba, atentamente, cada movimiento, hasta que en su pequeño cerebro surgió la idea de dejar caer las frutas para que el guatuso se alimentase diariamente.

Desde aquel entonces, el guatuso es el compañero de la ardilla, porque ella lo alimenta con las frutas que encuentra sobre los árboles, sabiendo que nunca un guatuso podrá trepar por los troncos para alcanzar los deliciosos bocadillos que cuelgan de las ramas. La ardilla, con su esbelto cuerpo, galantea por las ramas y hace malabares con las frutas que pacientemente ve crecer en uno y otro árbol.

Ella, en su afán de encontrar comida, salta, trepa y a veces viaja hasta la copa de los árboles. Solitaria, alejándose del bosque, ostenta entre las temblorosas ramas alguna fruta para calmar su hambre, entonces, con su señorial agilidad recorre las verticales autopistas de los árboles parando de vez en cuando sobre alguna agobiada rama para quitarle el peso de aquella fruta madura.

La ardilla recorre el bosque lluvioso, consigue frutos y los lleva hasta su casa, donde los guarda hasta volver de otro lugar; viaja, y la fragilidad de su memoria hace que a veces olvide las semillas en el dichoso bosque, donde crecen a su antojo nuevas plantas. Por este hecho se la considera la sembradora de frutos.




JOMAYRA LIZETTE RAMIREZ
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Princesa Toa. Su actividad favorita es leer.

El cisne dorado

Un día muy soleado, se encontraba en el mar un pequeño barquito con un humilde pescador. En el cielo volaba un hermoso cisne con plumaje dorado y brillante, del cual se desprendió una pluma de oro. Esta cayó sobre el barquito y de inmediato se convirtió en un hermoso gran crucero que ahora viaja por todos los países del mundo, conociendo las maravillas del mar.

El cisne siguió volando hasta llegar a un campo de árboles, flores y tiernos animales. Allí se encontraba un niño que no sabía leer ni escribir, no podía ir a la escuela por su situación económica.



El cisne, al ver al niño, dejó caer otra pluma de oro, la cual se posó sobre la hoja de un árbol y cayó en el suelo convertida en un gran libro de donde el niño aprendió a leer y escribir. Cuando creció, se volvió un gran escritor.

Ya muy tarde, el cisne bajó a un bosque para descansar. A la mañana siguiente, muy temprano, vio a una señora muy pobre recogiendo leña para cocinar para sus pequeños hijos. La señora vio al cisne, que salió volando del sitio, dejando un huevo en su lugar. La señora lo recogió, lo llevó a su pequeña casa y pensó prepararlo para sus tres hijos pero, luego de verlo detenidamente, se dio cuenta de que era muy extraño, así que decidió ponerlo con los huevos de la única gallina que tenía.

Luego de un tiempo nació un pequeño y hermoso cisne que llevaba tres anillos de oro en el cuello. La señora se los quitó y se los dio a sus pequeños hijos. El primero se lo llevó a la boca

y lo apretó fuertemente, y de inmediato le empezaron a surgir hermosas melodías. Cuando creció, fue un cantante famoso y el mejor de su época.

El segundo, al ponerse el anillo, corrió hasta el jardín, cogió flores y las apretó fuertemente contra su aro. De inmediato sintió que los colores corrían por sus venas y empezó a realizar hermosas pinturas que fueron reconocidas por el mundo como las del mejor pintor de aquella época.

El tercero era un niño bondadoso, tierno y amable, pero era el más enfermizo y por eso los demás niños le pegaban. Al ponerse su anillo, cogió una pluma y una hoja de papel y empezó a escribir los más románticos y grandiosos poemas. Cuando creció, se convirtió en un gran poeta.

La madre de aquellos chicos, al verlos salir adelante y verlos triunfar, recibió el mejor regalo de su vida. En cuanto al pequeño cisne, cuando creció siguió a su madre en su viaje y ahora andan juntos, concediendo deseos a las personas de buen corazón.

 

ANA CRISTINA ORTEGA nació en San Gabriel, Carchi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jorge Martínez Acosta. Su actividad favorita es escuchar música.

El repertorio de una flor

En un bosque lleno de colores, fragante, nuevo, virgen, único por su vegetación relucían las flores más hermosas, todas llenas de sueños, con ganas de vivir de la forma más bonita. Esa mañana, el sol resplandecía como nunca en la historia de aquel bosque; una margarita despertó y suspiró de emoción al ver el día tan hermoso y brillante. Empezó a cantar con toda su fuerza, su voz era dulce y encantadora, como la de ninguna otra; su madre despertó al



escucharla y, muy enojada, le dijo: “No cantes, esa es la labor de las hadas; tú estás aquí para florecer todos los días y dar tu perfume y tu belleza”. Margarita, con mucha tristeza, calló su melodioso cantar y se preparó para abrir sus pétalos; lágrimas brotaron de sus ojos. Cuando su madre ya no la miraba, imaginaba su vida si pudiera desplegar su talento; a ella no le gustaba la forma de pensar de su madre. Margarita creía en los sueños y que todas las flores podían hacer lo que más les gustara, no solamente brindar sus perfumes como su única misión. Margarita ya no quería ser una flor.

Ella buscó las maneras de ser diferente, tenía su esencia pero esto no la conformaba, en su ser estaba la idea de que debía cambiar algo para seguir sus sueños. Pasó toda una tarde pensando, analizando qué tenía que irse; al llegar la noche, sin dar sospechas del cambio a su madre, empezó a sacar sus pequeñas raicitas del suelo, ayudada por las lombrices, sus amigas. Tenía

mucha decisión, no le faltaba nada allí, solo pensaba en su sueño, era la meta que se había planteado y no la iba a soltar hasta cumplirla.

Cuando se desprendió de su madre, con sus pequeñas raíces desnudas, caminó y corrió por el bosque, alegre, risueña, cantando con alegría. Su madre se despertó y se dio cuenta de que su Margarita no estaba, y se puso muy mal. No quería que le pasara nada malo; así fue que ella también sacó sus raíces, aún a riesgo de perder su vida, y fue en su búsqueda. Gritaba el nombre de su hija con desesperación una y otra vez, no sabía qué hacer, la madre se sentía deshojada, rota y arrepentida por no haber apoyado a su hija en sus sueños.

Margarita, mientras tanto, se paró en el centro del bosque y se vio sola, sin saber para dónde ir, y le hizo falta su madre. La flor se soltó en llanto, pensaba que tal vez su madre tenía razón al limitarla, que deseaba su amparo, su compañía, pues al fin de cuentas qué podía hacer una margarita en medio de un bosque lleno de árboles grandes que no dejaban ver la luz del sol. Decidió volver, pero sus rastros delicados se habían borrado del sendero que la llevó allí. Pasaron horas de buscarse entre madre e hija, hasta que la madre pegó un grito ensordecedor de búsqueda y de angustia, se cruzaron las miradas y corrieron a abrazarse, muy débiles las dos. Ambas se pidieron perdón; la madre prometió dar su apoyo incondicional a Margarita para que fuera feliz y la hija prometió ser más prudente al tomar decisiones, pues no siempre se tiene la oportunidad de regresar por los mismos pasos que te llevaron a una situación y reír de alegría después de todo.




KATHERYN PAOLA ALBÁN
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José.

Las dos culebras

Había una vez dos culebras que vivían tranquilas y felices en las aguas estancadas del estero El Tambo. En este lugar tenían todo lo que necesitaban: insectos y pequeños peces para comer, además de espacio de sobra y humedad.

Todo era perfecto hasta que llegó una estación más calurosa de lo normal y el estero comenzó a secarse. Las culebras intentaron mantenerse allí pero, poco a poco, el clima empeoraba. Esperaron con muchas ansias a las lluvias pero estas no llegaron, así que, con mucho dolor, tuvieron que abandonar su único hogar y buscar otro lugar para vivir.



La culebra más cautelosa e inteligente advirtió a su compañera que era peligroso. Su compañera dio un respiro y dijo:

—¿Peligroso? ¿Por qué lo dices?

La culebra más sabia se lo explicó de manera muy sencilla:

—Si vamos en fila india, los humanos nos verán y nos cazarán sin compasión. ¡Tenemos que demostrar que somos más listas que ellos!

—¡Eso es imposible! —dijo su compañera, así que juntas idearon un plan.

La más sabia dijo:

—Tú te subirás sobre mi lomo, pero con el cuerpo al revés. Así, yo meteré mi cola en tu boca y tú, tu cola en la mía. En vez de dos serpientes pareceremos un ser extraño, y como los seres humanos le tienen miedo a lo desconocido no nos harán daño.

—¡Buena idea! —exclamó su compañera.

Pusieron en marcha su plan, unidas de esa forma tan rara, comenzaron a arrastrarse. Al moverse sus cuerpos, cada uno para un lado, formaban una especie de ocho que se desplazaba sobre la hierba.

Como lo habían sospechado, en el camino se encontraron con varios campesinos que, al ver un ser tan extraño y misterioso, echaron a correr pensando que se trataba de un ser de otro planeta.

El inteligente plan funcionó y al cabo de varias horas las dos culebras cumplieron su objetivo: llegar a un lugar parecido a su antiguo hogar, con un clima húmedo y suficiente comida para sobrevivir.




CARLOS OSWALDO ORTIZ
nació en Cuenca, Azuay, en 1961. Trabaja en Unidad Educativa Fiscomisional Río Cenepa. Su actividad favorita es la docencia.

La Estancia y las ardillas

La Estancia era el lugar preferido por Haris y Gusio, dos ardillas de color tierra que se confundían en la espesura de la selva y se coqueteaban al ritmo de sus cimbreantes caderas. Las pequeñas semillas de un árbol desconocido eran el motivo de sus correrías. Para ellos, la Estancia pertenecía a las ardillas, era su segundo hogar, que se desprendía del alto valle; de cuando en vez, un descuidado armadillo o un lento perezoso importunaban sus

juegos, pero se sabían seguras, sus vidas no estaban amenazadas.

Un día, en que el sol irradiaba en todo su esplendor y sus rayos se veían reflejados en el riachuelo con total agresividad, Haris y Gusio sintieron la presencia de unos ojos extraños que los vigilaban. Quisieron correr pero ya no tuvieron tiempo para nada.

—No corran, necesito de vuestra ayuda, soy la Guatusita Maruja. Me persiguen dos cazadores *shuar* que desde la madrugada están detrás de mí con unas largas escopetas que lanzan fuego. He corrido sin cesar por laderas y montes, pero no logro perderles. ¡Llevadme a vuestra casa por unos momentos porque estoy rendida! ¡No tengo a donde ir! —dijo el asustado animal casi llorando.

El susto inicial de las ardillas se transformó en una espontánea comprensión y solidaridad hacia el inesperado visitante.

—Todo va a estar bien, no te preocupes, confía en las fuerzas de la naturaleza, ellas te salvarán. Mientras tanto, te llevaremos a nuestro hogar, es pequeño pero sabremos acogerte con mucho gusto.

En ese momento el cielo se tiñó de gris, amenazando con una pertinaz lluvia. Poco a poco, gruesas gotas de lluvia inundaron la Estancia, sumadas a los bramidos del viento y el tronar del firmamento. Fueron dos horas de feroz arrecio, suficientes para desistir de cualquier persecución, sin embargo, pasado un tiempo, los ojos de los asustados animales pudieron observar a dos personas completamente empapadas que llegaron al lugar.

—Esta maldita guatusa no va a burlarse de nosotros, debe de estar por este mismo sitio —dijo el que parecía de mayor edad.

—Sabes, Mariano, nos han dicho que en este lugar hay otros animales bonitos, como loros, ardillas, tucanes... Nosotros



necesitamos de ellos para las artesanías, sobre todo para los aretes, los collares y la *tawasa*[1] que nos encargó el alcalde.

—Sí, claro, después podremos venir acá, pero antes debemos encontrar a la astuta guatusa, caso contrario no comemos, y además ¡qué dirá la Mariana si llegamos con las manos vacías!

Los dos hombres rastrearon el lugar por dos horas más, pero sin resultados alentadores. Más bien, encontraron una feroz culebra equis, a la que mataron a punte latigazos de bejuco. Entonces, sin más, emprendieron el camino de regreso a la casa, con el firme propósito de regresar a la Estancia después.

Haris y Gusio, preocupados por la intención de los *shuar* de volver al sitio para darles cacería, reunieron a todos los animales del sector y decidieron invocar a los dioses del valle para pedir su protección.

1 Especie de corona de plumas que se ponen las autoridades *shuar*.

—La fuerza del hombre es poderosa, su intención es exterminarlos a todos ustedes por diferentes causas: unos quieren alimentarse, otros ponerlos en cautiverio, otros aprovechar su piel, y algunos simplemente quieren tenerlos como mascotas. Para ellos no cuentan sus intenciones, su libertad, su derecho a vivir en armonía con la selva. Su egoísmo va más allá de las leyes de la naturaleza —dijo ceremoniosamente Arutam, el espíritu de las cascadas.

—No podemos hacer nada por ustedes si el mismo hombre no toma conciencia de lo mal que está haciendo. Tienen las armas para hacer daño y destruir. El dinero les importa más que el futuro de sus hijos —manifestó Nunkui, la diosa de la vida.

Entonces, los animales, ante tan severas sentencias, tomaron la decisión de ausentarse del lugar. Con tristeza y pesar, recogieron sus pocas pertenencias y sus ilusiones, y un buen día de verano, una oleada de hormigas, abejas, mariposas, saltamontes, abejorros, loros, papagayos, ardillas, guatusas, sajinos, pavas y muchos más se despidieron de la Estancia en busca de la paz y la tranquilidad que se veían amenazadas. De pronto, el Buen Dios de la Naturaleza, presuroso y agitado, con una voz de trueno, les dijo:

—Un momento, amiguitos, ¡no tan deprisa! Les vengo a dar una feliz noticia, escuchen con atención. Este sitio ha sido declarado como Parque Nacional; por lo tanto, está prohibido cazar animales, tumbar árboles, realizar quemas de bosques, destruir vuestras casas. Las autoridades han entrado en razón y se han dado cuenta de que mantener la naturaleza en su estado primario es importante para la conservación del ecosistema. Se ha hecho conciencia de que el futuro de la humanidad está en conservar la naturaleza, porque solo así se asegurará el aire y el agua puros. Por lo tanto, ¡todos contentos! ¡Pueden seguir disfrutando de la riqueza natural! ¡Vivan felices por el bien de la misma humanidad!



Cuentan los abuelos que desde este insólito episodio, la Estancia es el lugar preferido de las personas para disfrutar del encuentro con la naturaleza, y que cada vez que una persona visita el sitio, hay fiesta en cada nido, en cada árbol, en cada arroyo y en cada rincón natural.

 

ANA MARÍA RIVADENEIRA
nació en Quito, Pichincha, en 1984. Actualmente es ama de casa. Su hija Cecilia Sarahí Torres Rivadeneira estudia en la Escuela de Educación Básica República de Irlanda.

La chilca que quería ser otra flor

En un cierto jardín había rosas, claveles, tulipanes, margaritas, girasoles, de todos los colores, y una hermosa orquídea dorada. En una esquina alejada, tapada con hojas secas, se encontraba la Chilca, toda ella sin olor, descuidada, se preguntaba por qué nadie la quería y siempre se alejaban de ella.

Un día, la Rosa Azul se acercó y le invitó al "Concurso de la flor más bella del jardín". Ella se emocionó y aceptó. Inmediatamente



comenzó a preparar sus mejores galas, pero se miró al espejo y se dijo: “No tengo nada de hermosa, carezco de color y de un olor exótico como las flores del jardín”. Entonces comenzó a pegarse en las ramas y los pétalos de todas sus compañeras, pero las demás empezaron a reírse y a burlarse de ella.

La Chilca salió corriendo muy triste y, llorando, se refugió en una esquina. Lloró inconsolablemente por muchos días, hasta que su corazón se llenó de odio y rencor contra todas las flores. Comenzó a echar sus raíces por todo el jardín y esto ocasionó que las demás flores se marchitaran poco a poco.

La reina Orquídea Dorada fue a conversar con la Chilca para saber el porqué de su enojo, así que esta le contó cómo todo el jardín se había burlado de ella el día antes de la elección. La Orquídea le respondió:

—Tú no debes hacer caso de lo que digan los demás, piensa en ti. Ellos no conocen cómo tú eres. Por fuera puedes fingir, pero tu verdadera esencia es tu corazón, los demás siempre te juzgarán. Debes amarte y aceptarte. Tú floreces en cualquier lugar, mírame a mí —dijo la Orquídea—, yo solo florezco una vez al año y deben cuidarme mucho para no morir. Pues todo lo que brilla no es oro —recalcó la Orquídea, se despidió de la Chilca y salió.

Al día siguiente, la reina Orquídea visitó el jardín y se sorprendió del cambio de las flores, pues habían recuperado su belleza. La Chilca fue a la elección y, para su sorpresa, fue coronada como la más bella por su valor de reconocer sus errores y pedir disculpas a todo el jardín. Al dar su discurso, la Chilca recalcó que la mayor riqueza es aceptarnos como somos, con defectos y virtudes, ya que todos somos un mundo diferente.

A partir de ese día todas las flores del jardín recapacitaron y fueron felices para siempre.




Homero Vinicio Barragán
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Francisco de Sales. Sus actividades favoritas son escribir y jugar pimpón y juegos de mesa.

Helios, el pececillo de oro

En aquel entonces yo viajaba todos los domingos al pueblo, con el propósito de asistir a misa y comprar los alimentos para toda la semana. Era una caminata de aproximadamente una hora y media, que se acortaba significativamente cuando hacía dicho recorrido a caballo, pero en aquella ocasión no fue esa mi suerte.

Alisté mi bolso de cuero, que siempre llevaba a cargar, y guardé una cantidad considerable de monedas en él. Dejé mi hogar

aproximadamente a las ocho y media de la mañana, después de haber desayunado y alimentado a las gallinas.

El trayecto era un tanto monótono, pero aquel día me resultó diferente al resto. Habían transcurrido cuarenta minutos desde que salí de casa, las nubes, cual pinceladas de acuarela blanca, decoraban el basto cielo que se extendía sobre mí, a la vez que eclipsaban el sol de una forma singular y diferente a lo que acostumbraba; una mezcla entre misterio y asombro recorrió mi cuerpo al observar dicho fenómeno. Era un magnífico espectáculo para mis ojos, que se posaron repentinamente sobre un riachuelo procedente de lo más alto de la montaña. El agua cristalina corría dulcemente por aquel lugar, se veía pura y provocaba en mí el deseo de acercame y beberla, pero resistí la tentación y continué mi camino.

Llegué al pueblo mucho antes de lo anticipado. Asistí a la iglesia y posteriormente compré todo lo necesario en la plaza, incluido un queso que adquirí en una tienda aledaña al templo; aun así, no gasté todas mis monedas y volví a meter en el bolso las que sobraron.

Cerca del mediodía inicié el trayecto que me conduciría nuevamente a mi hogar. El cielo empezó a tornarse oscuro y las nubes de lluvia se apoderaron de él. Aunque se anticipaba que la tormenta se iba a precipitar, incluso antes de salir del pueblo, esto no sucedió sino hasta que estuve a medio camino, muy cerca del riachuelo que había descubierto aquella mañana.

Me refugié bajo un árbol y aguardé sentado sobre una roca a que la tempestad se calmara un poco. Transcurrieron los minutos y la lluvia empezó a cesar, así que retomé mi viaje. Me encontraba a diez pasos del riachuelo, cuando un haz de luz atravesó las hojas de los eucaliptos que delimitaban el camino e iluminó la fuente de agua. Un destello emanó repentinamente de en medio de aquel lugar, como si de un espejo reflejando una luz se tratase.



Atemorizado, me acerqué hasta la vertiente para averiguar qué provocaba dicho resplandor. A medida que me acercaba al riachuelo, el destello disminuía considerablemente, hasta que pude apreciar con asombro qué lo originaba.

¡Era un pececillo! En un primer momento pensé que se trataba de algún objeto o joya extraviada que había llegado ahí tras recorrer el largo trayecto de la vertiente, pero descarté la idea tras observar los movimientos bruscos que realizaba aquel extraño ser. El pequeño animal acuático permanecía estático pero ejecutaba repentinos movimientos de vez en cuando, parecía haber quedado varado en medio de las rocas.

Aunque sus ojos resaltaban de entre las demás partes de su cuerpo, pues eran de un color negro muy profundo, similares al carbón natural, y además muy brillantes, lo que más me fascinó fue su piel, que parecía de oro puro.

Inmediatamente me aventuré a ayudarlo a escapar de entre las piedras que lo mantenían prisionero, y al hacerlo el pececillo saltó hacia mis manos y empezó a hablar:

—Agradezco tu ayuda, pero no será necesario, muchacho. Es más, me he cruzado en tu camino para ofrecerte una oportunidad única —dijo, a la vez que me mostraba una sonrisa algo extraña.

—¿Una oportunidad? —pregunté— ¿Qué podría hacer un pececillo como tú por mí?

—No dejes que tus ojos te engañen. Me llamo Helios, como puedes notar, estoy hecho completamente de oro macizo, a excepción de mis ojos, que son piedras de obsidiana. He viajado desde muy lejos, cruzando mares y ríos, para llegar hasta este riachuelo. Quiero darte la oportunidad de llevarme hasta tu pueblo, allí podrás venderme por mucho dinero, lo suficiente para vivir el resto de tus días sin preocupaciones.

Aquel pez parecía muy seguro de lo que decía. Su oferta era espectacular, pero sabía que había un truco en todo ello.

—Aceptaré tu trato —dije en voz alta— pero dime qué tengo que hacer para poder llevarte a mi pueblo y venderte.

—Es muy sencillo. Para poder llevarme a tu pueblo y venderme primero tendrás que pasar tres pruebas que yo te indicaré. Así sabré si eres realmente digno de toda la fortuna que obtendrás conmigo. ¿Aceptas entonces?

—Sí, lo haré como tú dispongas.

En ese instante, el pez saltó nuevamente al riachuelo y aterrizó sobre una roca.

—La primera prueba desafiará tu confianza. Con ella sabré si realmente crees en mi palabra. Ve a la plaza del pueblo y arroja ahí todas las monedas que lleves en tu bolso, cuando lo hayas hecho vuelve a este lugar, yo te esperaré en esta roca.

Al llegar al pueblo me dirigí a la plaza y allí arrojé todas las monedas que llevaba en el bolso. Noté que una mujer muy pobre caminaba cerca de la balaustrada, llevaba de la mano a un niño que lucía hambriento y vestía ropas muy gastadas. Al observar aquella escena sentí remordimiento por haber desperdiciado aquel dinero que hubiese empleado en comprar comida o incluso un par de prendas para dárselas a dicha familia, pero debía hacerlo, esa era la orden de Helios.

Unas cuantas palomas se elevaron asustadas por el ruido resultado del impacto entre el metal y el piso de piedra. Me aseguré un par de veces de que no quedara ni una sola moneda dentro del bolso y partí nuevamente hacia el riachuelo.

Tal y como lo había prometido, el pez se hallaba en la roca, tan estático como la primera vez que lo había encontrado en aquel sitio.

—Me han dicho las palomas que arrojaste todas las monedas en la plaza, tal y como te he ordenado, puedo anunciarte entonces que has superado la primera prueba.

—¿Cuál es tu segundo desafío? —pregunté, deseoso de continuar.

—La segunda prueba desafiará tu decisión. Sabré con ella si realmente estas dispuesto a continuar. Para ello, quiero que subas por aquella colina, ahí encontrarás un rebaño de ovejas, dales de comer el queso que has comprado hoy en el pueblo. Todas las ovejas del rebaño deberán comer, sin excepciones. Cuando lo hayas hecho vuelve a este lugar, yo te esperaré en esta roca.

Así lo hice. Subí la colina hasta llegar a lo más alto; allí había un rebaño de setenta ovejas aproximadamente. Un pastor estaba dormido bajo la sombra de un árbol, me acerqué a él para comprobar que no estuviera despierto, dejé mi bolso junto a su cayado, que se apoyaba en el árbol, y empecé a alimentar a las

ovejas. Todas ellas comieron del queso que había comprado en la mañana, una incluso me mordió la mano al intentar agarrar su porción con los dientes, pero cuando alimentaba a la última oveja, el repentino grito del pastor enfurecido me alertó:

—¡Oye tú! ¡¿Qué crees que estás haciendo?!

Corrí rápidamente colina abajo, atravesando arbustos y matorrales, mientras escuchaba al pastor gritar un mar de insultos y maldiciones. Logré esconderme detrás de una enorme roca, el riachuelo se hallaba a tan solo veinte metros, pero no quería correr el riesgo de que el pastor me siguiera hasta allí, descubriese al pez de oro y tratase de quitármelo. Cuando me aseguré de que estaba a salvo, fui a buscar nuevamente a Helios.

El pececillo se hallaba petrificado, al igual que antes, pero esta vez empezó a hablar incluso antes de que yo extendiera mis manos para que saltase hacia ellas.

—Lo has hecho muy bien, muchacho. Puedo asegurarte que ahora estás más cerca de tu recompensa. La tercera prueba desafiará tu corazón. Al cumplir mis desafíos has puesto a prueba tus capacidades, pero al hacerlo, también dejaste en evidencia tu falta de bondad y arrepentimiento. Ve a tu pueblo y recoge todas las monedas que arrojaste en la plaza y dáselas a la mujer para que compre algo de comida a su hijo; luego, sube la colina hasta llegar al rebaño y discúlpate con el pastor. Cuando lo hayas hecho vuelve a este lugar, yo te esperaré en esta roca.

Llegué al pueblo y recogí hasta la última moneda que había arrojado. Se las di a la mujer para que comprase comida y prendas a su hijo, el mismo que me devolvió una sonrisa por el gesto de bondad que acababa de realizar.

Subí la colina y allí estaba el pastor, buscando el cayado que había perdido en la persecución. Le expliqué que había estado alimentando a las ovejas y que no buscaba hacerles daño; me

disculpé con él y, con un gesto de amabilidad, me regresó mi bolso de cuero, que había dejado junto al árbol.

Había completado la última prueba y estaba listo para regresar. Bajé la colina y la emoción de haber culminado las órdenes de Helios provocó que apresurara el paso hacia el riachuelo.

Un magnífico atardecer despedía aquella aventura que me conduciría a la riqueza. Sin pensarlo, había cumplido con todo aquello que el pececillo me había ordenado y ahora estaba preparado para recibir mi recompensa. Al llegar al riachuelo, dejé escapar un grito ahogado, cargado de desconcierto y frustración. ¡Helios ya no estaba en la roca!

Aunque aquel día no recibí mi recompensa, sé que Helios trataba de enseñarme que la codicia no nos permite ver el camino de lo correcto. Todos los domingos atravieso aquel riachuelo en espera de encontrarme otra vez con él. No pierdo la esperanza.

Me ha parecido verlo hoy. Sus ojos de obsidiana me observan con una frialdad implacable; su piel resplandece como aquel día, pero de una manera diferente. Permanece inmóvil en aquella roca en la que siempre prometió esperarme.

 

NUBIA MARILÚ GÓMEZ nació en Pasaje, El Oro, en 1971. Trabaja en Escuela de Educación Básica Enrique Camilo. Su actividad favorita es enseñar.

Onza y Viento

En mi maravillosa infancia, mi padre, don Mario Gómez, me contaba el cuento más maravilloso que un padre puede contar a sus hijos. Mis cuatro hermanas y mi hermano nos sentábamos su alrededor, él, recostado en la cama, nos daba un espacio para que todos lo pudiéramos escuchar, y siempre nos relataba el mismo cuento. Para mí, cada que lo contaba era como la primera vez. El cuento empezaba así:

Había una vez un perrito que se llamaba Viento y una perrita que se llamaba Onza. Los perritos eran hermanos y viajaban

por todos los lugares haciendo el bien, eran perritos callejeros que buscaban a las familias donde había un conflicto y ellos las ayudaban. Cuando veían que la familia ya estaba feliz, se iban a buscar otra que también los necesitara. Pero Onza y Viento en realidad iban buscando a una bruja malvada, que los había convertido en perritos, porque el gran secreto de ellos era que eran dos niños: una niña y un niño.

Un día, cuando ya estaban cansados, se sentaron debajo de un árbol y vieron que un enorme cuervo los quería atacar. Viento, que siempre cuidaba de su hermana, la subió al árbol para esconderla y que el cuervo no la alcanzara. Onza le dijo que ella no lo dejaría solo, pero Viento le dijo que iba a atrapar al cuervo porque este decía una frase que solo le habían escuchado a la bruja malvada, entonces él debía saber dónde se encontraba ella. La frase era: "Por el ojo del águila".

Viento tuvo una gran idea, se iba a poner con su colita hacia arriba para engañar al cuervo y que este pensara que era un hueco, pero a Onza no le pareció porque tenía mucho miedo de que el cuervo le hiciera daño a su hermanito, pues era un animal muy feo y se lo veía hambriento. De todos modos, cuando Viento tomaba una decisión, lo hacía, y entonces comenzó a gritarle fuerte al cuervo para que lo mirara.

El cuervo, ya que no le gustaba que se burlen de él, lo siguió todo enojado, pero de repente ya no lo vio, solo veía un agujero. Como era curioso, alzó el vuelo para coger viada, bajó a toda velocidad hacia el hueco y se clavó en él, sin saber que el huequito era de la colita de Viento. Entonces enseguida Onza bajó del árbol y le quebró una alita al cuervo. Luego lo soltaron y le exigieron que les dijera dónde estaba la bruja malvada, y si no le iban a romper la otra ala.

El cuervo los llevó inmediatamente adonde se escondía la bruja. Cuando llegaron ahí encontraron que tenía en el horno a dos



hermanos, un niño y una niña, para comérselos. Eran otros niños que la bruja se había robado en ese mismo instante. Onza y Viento supieron que no podían permitir que la bruja siguiera haciendo daño y robando niños, y que no les importaba si la bruja no les quitaba el hechizo, pero lo que ellos iban a hacer era acabar con ella.

Esperaron un momento y, cuando la bruja fue a mover la olla para la sopa que acompañaría su banquete, aprovecharon para entrar ladrando lo más fuerte que pudieron. La bruja se asustó tanto que tropezó y cayó a la olla, donde se quemó toda y murió al instante. Onza y Viento liberaron a los hermanos, quienes inmediatamente se encariñaron con los perritos y los cogieron para cuidarlos. Quemaron todo el lugar de la malvada bruja y se llevaron todo el oro que tenía.

Como Onza y Viento eran perritos, ayudaron a los niños a encontrar el rastro de regreso a casa, y aunque no pudieron

deshacer el hechizo que los devolvería a ser humanos, no les importó, porque ya encontraron una familia que los acogió y los hizo parte de ella. Desde entonces, Onza y Viento son totalmente felices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

El cuervo sigue volando con un ala quebrada y prometió nunca más ser curioso ni meterse a los huecos.

 

ERIKA ALEXANDRA CASTRO
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Cordero.

Mi amigo fiel

Un día yo estaba en mi casa, como cualquier otro, y de pronto escuché la campana de la puerta. Entonces vi a una pequeña niña acercándose a mi vitrina, me veía con cariño y me hacía sentir algo que jamás había sentido. Abrieron el vidrio y sentí cómo aquella pequeña me sujetaba entre sus brazos, llena de felicidad y emoción. Ese día fue especial para mí porque había encontrado una familia.

Me llevó a su casa, conocí mi nueva cama, a mi nueva familia y juguetes que ella había comprado para mí, para recibirme



agradablemente. Por primera vez me sentía bien en un lugar. Recuerdo claramente cómo jugamos aquel día, ella se quedó dormida en el piso del cansancio de tanto jugar conmigo. Su madre se acercó y la llevó a su cama, y yo me recosté junto a ella.

Al siguiente día, la niña me despertó y vi en su rostro una sonrisa, estaba muy contenta ya que era su primer día de clases. Mientras se peinaba, me contaba todo lo que iba a hacer en el día con tal emoción que me hubiese encantado estar con ella y apoyarla en todo.

Regresó a casa, por supuesto yo la esperaba, siempre moviéndole mi colita, porque esa era la forma de demostrarle mi cariño, pero ella se sentía triste y estaba llorando. Yo no sabía por qué, pero intentaba consolarla a como diera lugar. Después, cuando estuvo más tranquila, me contó que había intentado hacer amigos pero nadie la aceptaba. Yo brinqué de la cama e intenté ver con qué la

podía alegrar, fui a traer su muñeca favorita y la comencé a mover, ella me rascó mi pancita, a manera de agradecimiento, y se puso a contarme la forma en la que iba a hacer amigos. Yo, por supuesto, estaba dispuesto a escuchar su brillante plan. Después, cuando estuvo con más ánimo, me llevó al parque que estaba a unas pocas cuadras de su casa, y jugamos como nunca, fue el mejor día de mi vida.

Pasaban los años y la veía crecer, vi su cambio de la niñez a la adolescencia. Un día me contó, muy ilusionada, que le gustaba un chico; para disimular frente a él, me llevaba a mí y yo hacía lo posible para reunirlos, me encantaba ver su sonrisa cuando estaba con él, luego, cuando llegábamos a casa, me contaba cómo iba a ser su vida juntos.

Un día regresó a casa muy triste, estaba destrozada, yo quería saber qué le había pasado, pero no me quiso decir nada, así que fui y busqué aquella muñeca que le había dado mucho tiempo atrás; sin embargo, esta vez no me la recibió, entonces fui a buscar otras maneras de alegrarla, pero nada funcionaba. No sabía qué hacer, me recosté a su lado, lamí sus lágrimas, me regaló una pequeña sonrisa y finalmente me contó cuál había sido su problema: aquel chico la había rechazado. Al siguiente día la acompañé a su colegio y cuando vi a ese chico, lo mordí muy fuerte y me fui huyendo. Cuando ella regresó a casa me abrazó y me dijo: “Lo hiciste perfecto, gracias por ser el mejor”.

Pasaron unos años más, ella ya era toda una mujer, la iba a buscar para jugar pero ella me apartaba de su lado. Lo intenté una y otra vez pero no quiso jugar conmigo y se alejó de mí. Yo no sabía qué le había hecho para que estuviese así conmigo, así de distante. Entonces le di mi hueso más preciado, a manera de disculpa, pero ella solamente se fue de la habitación. Cuando regresó, yo la recibí con un brinco y con mi colita en movimiento, ella me puso la correa

y me sacó a pasear al parque, llevó mi hueso, se sentó debajo de un árbol y me acurruqué entre sus brazos, entonces ella me dijo: "Búscalo", y lanzó el hueso. Yo corrí a cogerlo y volví para dárselo, pero ella ya no estaba ahí. La busqué durante días y la esperé en el mismo árbol, me moría de hambre y ya estaba demasiado sucio, pero no me importaba, yo la seguía esperando.

Cuando vi que definitivamente no volvería, fui a buscarla yo. Me paré frente a nuestra casa hasta que ella salió. Esperé que me reconociera pero ella solamente hizo un gesto de desdén y me ahuyentó con una piedra. Corrí, crucé la calle preguntándome qué podía haber hecho mal, me dolía en el alma, todo mi día se tornó oscuro. Entonces escuché una bocina, giré y vi que un carro se acercaba a mí. Me arrolló mi patita derecha y ahí me quedé, tirado en el piso, por días, esperando a que alguien acabara con mi vida, pues yo ya no creía en el amor. De pronto, un carro se detuvo frente a mí y, después de tanto tiempo, vi a un ángel que me recogió y me ayudó; era un veterinario. Él me alimentó y me dio los cuidados que necesitaba y que hace tanto tiempo no recibía. Decidió adoptarme y me dio un hogar, pero yo no estaba seguro de su amor, temía que me pasara lo mismo que con mi primera dueña otra vez. Pasaron unos días y no me quería separar de él, porque me había hecho creer en el amor de nuevo.

Un día, él me dijo que me iba a presentar al amor de su vida y que planeaba casarse con ella, entonces, esa noche abrió la puerta y vi a la mujer que había visto crecer durante toda mi vida. Ella me reconoció y se puso a llorar. Intentó explicarme por qué me había abandonado, sus razones no me parecían suficientes, pero todavía la seguía queriendo, así que la perdoné.

Desde entonces ella me venía a visitar todos los días. La semana siguiente fue su boda y yo estaba muy feliz por los dos, pero en la recepción me dolía mucho el pecho y supe que era mi fin. Me



llevaron a un veterinario y ahí, después de tanto tiempo, pude estar contento de haber formado parte de una familia increíble, a pesar de los obstáculos. Entonces les regalé el último movimiento de mi colita. Fui feliz de haber cumplido mi misión en esta vida, de haber visto a aquella niña convertida en toda una mujer y a aquel ángel convertido en todo un hombre, me dio mucha alegría verlos juntos. Cerré mis ojos por última vez y no los volví a ver jamás.



BENJAMÍN ATUPAÑA nació en Llinllín Santa Fe, Chimborazo, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Carlos Arturo León. Su actividad favorita es leer libros.

La comida del perro

Don José Atupaña y su señora esposa, Margarita Yucailla, tatarabuelos de quien escribe este pequeño cuento, hicieron una reunión con todos los animales del cerro de Guagra Bamba. Les invitaron a una comilona y a un baile. Transcurrió el tiempo y llegó el día, así que los animales empezaron a llegar a bailar, a beber y a comer.

Estuvieron baila y baila, hasta que llegó la hora de hacer la comida. Entonces, las hembras se decidieron a cocinar y los otros siguieron la fiesta. Cuando llegaron a la cocina no había

candela[1] para preparar los alimentos, buscaron fósforos pero no los encontraron.

—¿Ahora, cómo hacemos? ¡No hay fósforo! —exclamaron.

Enseguida dijo el pato:

—Yo voy a comprar el fósforo y ya mismo regreso.

Se fue el pato y se quedaron los otros, espera y espera… Hasta que dijo el gallo:

—¡Caramba! El pato no viene…

Contestó el pato, desde el patio de la casa:

—¡Ya mismo! ¡Que ni voy a ninguna parte!

¡Todavía no había salido de la casa!

Una de las animales dijo:

—Mandemos al perro, porque ese sí es ligero.

Enseguida lo mandaron y este salió, corre, corre, corre, corre y corre… Ya el resto de animales, que estaban borrachos, andaban pidiendo comida.

Más allá, en el camino denominado Llullucha, estaba una perra de tiempo[2], cosa que apenas llegó el perro, trauuu, se engargantó[3] con ella. Mientras, los otros, allá, espera, espera y espera…

—¡Caramba! ¡El perro no viene! —exclamaron esta vez.

Entonces mandaron al conejo del vecino.

—Yo sí voy y ya mismito regreso.

Enseguida, cogió el conejo y bin, bin, bin, se fue. Llegó a la hacienda de Llinllín y pidió fósforos. Cuando ya venía regresando, el perro todavía estaba ahí, amarrado con su perra.

---

1 Fuego.

2 Se refiere a la época de celo de los animales.

3 Se refiere a la monta de los animales.



El conejo llegó, hicieron la comida, la pusieron en los pilchis[4] y empezaron a comer.

—Conejo, ¿y no encontraste al perro por allá?

—Allá estaba, engargantado con una alforja en medio de la chacra de papas. ¡Ni pensaba volver!

Comieron todos los animales y siguió la fiesta. Cuando, a otro ratísimo, va llegando el perro, cansado y muerto de hambre. Enseguida preguntó dónde estaba su parte de comida.

—No te hemos guardado, porque vos dizque estabas engargantado por allá con una alforja. Así que no te hemos guardado nada.

A ese perro, de bravísimo, se lo llevaba el diablo.

4 Objeto parecido a un plato.

—¡Yo ni más que hago mandado a nadie, por mi parte, se mueren y yo no hago mandado a nadie en mi vida!

Al verlo así de bravo, don José Atupaña dijo:

—Háganle una lavaza[5] al perro para que coma, para que no vaya a morir del hambre.

Así es que, enseguida, le hicieron una lavacita de lo que había quedado y se la dieron. El perro, como tenía hambre, cogió y comió. ¡No ve que tenía hambre!

Desde entonces quedó el perro comiendo la lavaza y no se lo puede mandar a comprar ni a hacer ningún mandado de comida, porque se la come de lo hambriento que es.

5 Sopa para perros, hecha con sobras y agua.




JEANNETH ELIZABETH PINTADO nació en Las Palmas, Azuay, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sarayunga. Su actividad favorita es dibujar.

Los jóvenes convertidos en animales

En una montaña, lejos del pueblo, vivía una pequeña familia, compuesta por María y sus tres hijos: Carlos, Francisco y Juan.

La mujer tenía una chacra de maíz y fréjol, y les pedía a sus tres hijos que cuidaran la finquita, pues había personas que podían

subir a la montaña a robar sus productos. Los hijos iban, pero se entretenían con sus juguetes junto a la chacra.

Las personas que tenían la intención de robarles veían a los tres jóvenes que jugaban y no cuidaban la chacra, de modo que pensaron que podrían coger con facilidad los frutos. Carlos, el mayor, veía cómo se llevaban sus alimentos pero le daba lo mismo; al llegar su madre a casa, le decían que su chacra estaba muy bien cuidada y ella siempre les creía.

Pero en la montaña también vivía una bruja, que se enteró cómo le mentían a María y, un día, decidió disfrazarse de una linda joven para decirle a María que sus hijos la engañaban. Pensó que sería una gran idea, pero no imaginaba que María no le creería, que fue lo que ocurrió: María no creyó ninguna palabra de la joven —aunque lucía como una dulce niña que siempre dice la verdad—, y la botó de su casa. La bruja, enojada pero al mismo tiempo triste, se alejó de regreso a su castillo y pensó: "¿Hasta dónde llegarán con estas mentiras?".

Pasaron los días, María se dio cuenta de que sus hijos traían cada vez menos alimentos y pensó que tal vez les pesaba la carga. Así que decidió ir esa tarde a encontrarlos y ayudarlos. Caminando alegremente vio de lejos cómo unos hombres cogían sus productos y se los llevaban; con gran angustia, corrió a defender su finquita, pero tropezó y cayó dándose un fuerte golpe en la cabeza, con lo cual murió al instante.

Sus hijos, al ver el suceso terrible, lloraron y lloraron junto al cuerpo se su madre. La bruja, ante el acontecimiento horroroso, se compadeció de los jóvenes y se les apareció. Ellos, impactados, se quedaron quietos y dejaron que la hermosa bruja tocara el cuerpo de su madre. Lo único que la bruja pudo hacer fue convertir a María en un árbol seco, para que alguien lo cuidara y regara y así volviese a nacer. Pensaron que era una solución fácil, pero como



los jóvenes habían lastimado a su madre con mentiras, la bruja les convirtió en animales: a Carlos en oso, a Francisco en lobo y a Juan en buitre, animales que la gente relacionaba con el diablo.

Al principio tenían la esperanza de que alguien los ayudara pero al pasar de los días poco a poco perdieron toda esperanza. Quién iba a querer acercarse a un árbol seco y marchito para regarlo y cuidarlo, si lo rodeaban animales que la gente temía por peligrosos.

Pasaron dos años, y los tres jóvenes —ahora convertidos en animales— sentados al lado del árbol que había sido su mamá estaban tristes, deprimidos, sin saber qué hacer.

En un día lluvioso escucharon cómo algo muy grande caía del cielo: era un avión. Lo único que escuchaban, al acercarse, eran gritos, pero con el pasar de las horas todo se silenció. Se miraron y se dijeron que todos estarían muertos. Pasó la lluvia y escucharon

una vocecita como de una niña; el gran oso, que era Carlos, corrió a ver de qué se trataba y constató que sí era una niña, como de cinco años. Asustada ante el oso, quiso huir; pero como vio que el animal no la perseguía decidió dejar de correr y se le acercó; abrigada en el pecho del oso, enseguida se durmió. Carlos se encariñó con la niña y la llevó al árbol.

Al día siguiente la niña despertó pero no estaba sola: un gran lobo dormido estaba junto a ella. Asustada, la niña abrazó muy fuerte al oso y lloró, despertando con el ruido a los dos animales. El oso con señas y grandes ruidos quería hacerle entender que el lobo también era un amigo. De tanto intentar lo logró, la niña se encariñó mucho y se quedó con los tres animales.

Después de un año, los entendía a la perfección, así que el oso pudo contarle su historia y que querían volver a ser como ella. Ni bien terminó el oso de contarle la historia, la niña comenzó a regar al árbol y a cuidarlo. Llegó el verano y por fin vieron cómo el árbol tenía su primera hoja.

Observando esto, la bruja se puso muy contenta de que aquellos animales que cuidaron a una niña por un año ya mostraban un cambio; además, la niña cuidó muy bien el árbol. Así, la bruja convirtió de nuevo en personas a los jóvenes y su mamá dejo de ser un árbol.

Nuevamente volvieron a ser una familia, pero ahora María ya no tenía tres hijos sino cuatro: Carlos, Francisco, Juan y Esperanza… así le pusieron a la niña que les había dado la esperanza de vivir y renacer.

 

SALOMÉ MIÑO
nació en Ambato, Tungurahua, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Atenas. Su actividad favorita es el tenis.

La invasión mágica del karma

Érase una vez, en la ciudad de Guarromandil, una pequeña escuelita llamada Albehiz. Dentro de ella había niños de todas las edades, pero nos vamos a fijar en lo que sucedió en el Tercer grado A. Este estaba conformado por aproximadamente dieciséis alumnos. Entre ellos había uno muy bajito, de cabello negro, pómulos salientes y ojos almendrados. Su nombre era

Adalberto Ivanisauro Wilker Aculeya, pero todos le pusieron el apodo de Tiranosaurio, que, después de que él respondiera mal una pregunta en Matemática (1 x 1 = 2), pasó a ser Brutusauro. Adalberto estaba muy molesto con sus compañeros, así que les puso apodos a ellos también, pero no tuvo el apoyo suficiente y quedó peor. Perdió a sus amigos, que sentían vergüenza de tener una relación con él.

Adalberto se sintió tan mal que no quiso que sus padres lo vieran en aquel estado. Evitó ir a su casa y fue donde un brujo para que lo ayudara a resolver sus problemas sociales. Al llegar a la casa del hechicero, se sintió atemorizado: en el pasillo había muchas imágenes y figuras que representaban al diablo. Sin embargo, pensaba que era peor regresar a su casa con lágrimas, ya que su padre tenía la regla de que "los hombres no deben llorar". Por esta razón, continuó caminando por el pasillo hasta llegar al fondo, donde se hallaba una silla negra con una mesa delante de ella. Regresó a ver a todos los lados que pudo y no encontró nada más. Decepcionado, salió de la casa y observó una pileta que antes había pasado desapercibida. Entonces lanzó una moneda de un centavo al agua mientras pedía un deseo.

Al siguiente día, fue a la escuela con su cabeza baja, a sabiendas de que sus compañeros lo llamarían Brutusauro otra vez. Cuando entró a su clase, pudo notar que sus compañeros no estaban, ¡ni siquiera su profesora! Indignado y lleno de incertidumbre por este acontecimiento, salió al patio del colegio para ver si su curso estaba haciendo una dinámica al aire libre. Pero cuando lo hizo, se encontró con una gran sorpresa que le dio miedo y, a la vez, le pareció rara y chistosa: vio a muchos animales y objetos que no pertenecían al lugar donde se encontraban. De pronto, recordó su deseo: Adalberto había pedido que todos los apodos que les había otorgado a sus compañeros hacía unos días se hicieran



realidad. Él no había creído que ellos se iban a transformar, solo quería que recapacitaran. Estaba desesperado porque sabía que lo que había hecho estaba mal, pero también sentía felicidad en su interior, ambos sentimientos combinados. Entonces, les dijo a sus compañeros que él pediría que se revirtiera el hechizo pero solo si decían su nombre completo; si ocurría lo contrario, no tendrían otra oportunidad.

Al día siguiente, todos se transformaron en humanos, pero solo para que pudieran decir el nombre completo de Adalberto. Únicamente nueve de sus compañeros cumplieron con la condición; los restantes se transformaron inmediatamente en objetos o animales. Adalberto no tenía el corazón lleno de maldad, por lo que al final solo dejó que se quedaran en ese estado durante quince días. Después, se volvieron humanos otra vez.

Sus compañeros aprendieron valiosas lecciones: “No hagas lo que no quieres que te hagan a ti” y “el mal otorgado se regresa de manera doble”. A partir de entonces, comprendieron que es importante respetar a los demás, especialmente lo más representativo de nuestra identidad: nuestro nombre.

 

DINA MARIBEL ZHIGUE nació en Zaruma, El Oro, en 2000. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hermano Yordi Wifrido Zhigue estudia en la Escuela de Educación Básica Dr. José Rojas Zambrano.

Las oshotas

Había una vez dos hermanos, uno era rico, era dueño de una hacienda y tenía mucho ganado; y el otro era pobre y tenía una vaca.

Un día, el hermano rico le dijo al pobre que pelara la vaca, hiciera *oshotas*[1] y se fuera a venderlas. El hermano peló la vaca, hizo las *oshotas* y se fue a venderlas. Gritaba: "¡*Oshotas*!, ¡*oshotas*!", pero nadie le paraba bola; apenas vendió dos pares.

De regreso a casa, a la mitad del camino, vio una luz y se acercó haciendo un poco de ruido. Era una peña donde vivían unos

1 Sandalias rústicas, generalmente de cuero, que usan los campesinos.



ladrones. Al oír algo, los ladrones se levantaron mareados, cayeron a un pozo profundo y todos murieron.

El joven pobre se quedó con todas las riquezas que había en la peña, pero no tenía cómo cargar tanto peso, así que alquiló bastantes mulas.

Cuando llegó a casa, el hermano rico le dijo:

—Ya ves, hermano, te fue bien.

A lo que el hermano pobre contestó:

—Síp, me fue bien.

El hermano rico sentía envidia de que el hermano pobre se hubiera enriquecido, así que ordenó a sus trabajadores que pelaran a todas las vacas e hicieran *oshotas*, y salió a venderlas. Pero no vendió nada y regresó más pobre que nada. Así, el hermano rico se hizo sirviente del hermano que era pobre.




CLARA ANGÉLICA RIVERA
nació en Guazan, Chimborazo, en 2000. Actualmente es comerciante. Su hermana Mirian Beatriz Rivera estudia en la Unidad Educativa Guazan Santa Clarita.

Atukwan Kunuwan Tupashkamanta

Shuk manzana tarpushka tiyashka nin, kunuka manzana chakrata mikushpa purik kashka nin, chakrayukka manzana chakrata tukuchikpica piñarishaka nin.

Apuk yachashpaka sisi tarpukta anchusha nirka, chaymanta sisa tarpukka mishkita rantishka, kipaka yurapi llutashpa chaypi hakurikpika chayakpika kunuka llutarishpa siririshpa sakirishka.

Chaymanta sisa tarpukka kunuta unkuchispa, chayka kunuka

Encuentro del lobo y el conejo

Había un árbol de manzana sembrado en la chacra. Un día llegó un conejo hambriento y andaba comiendo de ahí todos los días. Cuando terminó de comer, el dueño de la chacra se enojó terriblemente. Él había sembrado flores y quería poner una trampa en las matas, así que compró una miel muy dulce para que, cuando llegara el conejo, se empapase de miel y quedase echado en el suelo.



nishka sisa tarpuktaka nishka, ashtawankarin nukaka waktasha ñukaka chaytami wahtashpa kachasha ñututami rurasha nishka.

Chaymantami sista tarpukka wakaychia wasiman apashka, wakaychina wasipi tiykukpi shuk atukmi pasakushka, chaymi kunuka nishka, kayta shamuy tiyu, ñukaka kaypi aycha wasitami charini, chayta uyashpaka atukka chay wasina yayakushka chaymantaka kunuta nishka, kikinka kaypi sakiripay, ñukaka mana ima aychata mikunata mana ushanichu nishpaka atukta sakishpami rishka wishkana wasipi, Ña atuk wakichina wasipi kakpimi, apukka chayamushka shuk yatun nina rupakuk yantawan, chaytaka siki punkumantami satishka, allí yachakpica nima aychapish mana tiyarkachu, chaypimi yaya atukka wañushka.



Después, el dueño de las flores quitó lo que había sembrado en la tierra; enojado con el conejo, dio puñetes y patadas, levantando furioso el polvo del suelo.

El dueño de las flores se puso muy triste, lloró amargamente y llevó prisionero al conejo, por el daño, lo llevó a la casa. Estando sentado, el conejo prisionero vio pasar por ahí al tío lobo y lo llamó:

—¡Tío lobo, ven acá pronto! Mira, yo tengo carne en la casa.

El tío lobo era goloso de la carne y se quedó parado.

—Entra a la casa, tío lobo —le dijo el conejo—, yo no sé comer carne —y cuando el lobo entró en la casa, lo encerró.

Llegó el dueño y, al ver al tío lobo en la casa, preparó la candela quemando un fierro ardiente y lo metió por el trasero.

El tío lobo, por goloso de la carne, murió en manos del dueño del huerto.




MISHEL NORALVA CHOLOQUINGA
nació en El Chaco, Napo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Chaco. Su actividad favorita es leer.

Historia del cerro Machi Blanqueado

Hace mucho tiempo atrás había un señor que era dueño de una hacienda de ganado bravo, en el sector de Siksi Pamba, en Pifo. El responsable de cuidar a la manada era el mayordomo de la hacienda. Su trabajo era seguir a los animales por los cerros, montado en una mula, y por la tarde, llevarlos al corral. Cada día que pasaba, el ganado se alejaba más y más del lugar donde solía estar siempre, por lo que el cuidador tenía que ir cada vez más lejos.

Así pasó años, hasta que un día el ganado se alejó hasta los altos cerros de Oyacachi, perteneciente a la provincia de Napo, en

el cantón El Chaco. Al mayordomo le costó traerlo de regreso a la hacienda. Después de eso el ganado apenas pasaba uno o dos días y se le escapaba. A pesar de que reforzaba las cercas, siempre se salía, hasta que un día el ganado llegó al sector de la laguna de El Encantado. Esta vez le costó más trabajo y fue la última vez que llevó de regreso a la hacienda a los animales. En esta ocasión, el mayordomo informó al patrón lo que estaba sucediendo. El dueño no le dio mucha importancia y le dijo que siguiera cuidando a los animales por donde fueran.

Una noche, el patrón y el mayordomo estaban juntos, al lado del corral, de repente llegó un relámpago y toda la manada desapareció. Todo pasó tan rápido que ambos se quedaron muy sorprendidos de lo que observaron, y el patrón ordenó al mayordomo que al día siguiente fuera más temprano de lo acostumbrado en busca del ganado.

Al día siguiente, el mayordomo montó en la mula y se fue, siguiendo las pisadas, que cada vez eran más frescas. El cerro estaba muy nublado y no podía ver más allá de cinco metros a la redonda, pero escuchaba los pasos de los animales muy cerca. Finalmente llegó al cerro de la laguna de El Encantado, donde encontró un sendero muy angosto, tanto que era sorprendente que el ganado hubiera pasado por ahí. La mula no quería pasar, así que tuvo que bajar y halarla. Nuevamente montó en la mula y siguió y siguió las huellas, hasta que coronó una loma. De pronto se despejó toda la neblina y pudo observar un valle inmenso, donde el ganado estaba comiendo hierba. El mayordomo se puso contento al encontrar a los animales. Al otro lado del valle también pudo divisar un cerro blanco (Machi Blanqueado), y se sintió asustado porque, sin darse cuenta, había llegado hasta allí.

Para ir al lado del ganado, debía cruzar por un puente alto y angosto. La mula tampoco quiso pasar por ahí, así que, nuevamente,



el mayordomo se bajó de la mula, la amarró en un arbusto y pasó caminando por el puente. Cuando se estaba acercando al ganado para llevarlo de regreso a la hacienda, los animales se dieron cuenta, se asustaron y corrieron hacia una cueva. Él siguió y también entró a la cueva, al entrar se llevó una gran sorpresa porque observó una fiesta con corrida de toros. Todo el ganado que buscaba estaba en ese lugar, algunos animales tenían los cuernos y las orejas quemadas, e incluso vio al patrón entre los invitados.

El mayordomo se sintió molesto con el patrón y pensó que si el mismo dueño estaba ahí, para qué lo había mandado a llevar al ganado de tan lejos. Él estaba cansado y se sentó en uno de los asientos, pero este se quemó inmediatamente. En vista de que todo era extraño en ese lugar, quiso salir y se encontró con una puerta abierta. Continuó caminado hasta que se topó con muchos instrumentos musicales, cogió un arpa y salió a entonar una

melodía. Al escuchar la música entonada por el mayordomo, toda la gente que estaba en la fiesta se asustó mucho y empezó a correr. Se chocaban entre los cuernos y el mayordomo vio que algunas personas eran ciegas y cojas, y también tenían patas de animales. En ese instante el mayordomo se dio cuenta de que no eran seres humanos, eran demonios. En seguida se acercaron dos hombres y le preguntaron:

—¿Qué haces en este lugar?

A lo que él respondió:

—Aquel ganado que está en la plaza es de mi patrón, y vengo a llevarlo.

Ellos contestaron:

—¿Que no ves que tú patrón está aquí, que esos animales ya no van a ir de regreso? Cuando vuelvas a ver a tu patrón dile que ya han comprado toda la manada y lleva lo que te vamos a dar.

Ellos le dieron una arroba de mote cocinado y una arroba de maíz. El mayordomo tenía tanta hambre, porque ya llevaba algunos días en el cerro, que decidió abrir el costal de mote, y entonces vio que solo era majada de caballo. Se decepcionó mucho y lo tiró lejos. Pensó en el maíz que le dieron y lo abrió para comerlo crudo, ¡oh sorpresa! todo eso era oro. El mayordomo casi no podía alzar el costal, así que lo puso en el lomo de la mula y emprendió el viaje de regreso a la hacienda.

Apenas llegó, el patrón le pidió que le informara sobre el ganado, el mayordomo, sorprendido, le dijo:

—¿Por qué me preguntas? si tú mismo lo has vendido, incluso estabas en la fiestas de corrida de toros, en Machi Blanqueado, yo te vi. —El patrón no podía creer lo que estaba escuchando, y el mayordomo agregó—: Te mandaron a pagar en oro. —Del cual solo le entregó la mitad, porque se quedó con la otra mitad.

Desde ese momento, el patrón mandaba a llamar al mayordomo todas las tardes y le preguntaba si de verdad había sido él a quien había visto en el Machi Blanqueado, y la respuesta siempre era sí. Así pasó un año, luego el dueño de la hacienda murió y el mayordomo se quedó con todo. El cerro Machi Blanqueado se había adueñado del ganado y del alma del patrón.




SANDRA LEONOR GUALÁN
nació en Lluzhapa, Loja, en 1973. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Sandra Gabriela Celi Gualán estudia en la Unidad Educativa Latacunga.

Juan, el fiestero

Había una vez un joven llamado Juan, que siempre estaba sin trabajo, razón por la cual nunca faltaba a ninguna fiesta del barrio ni de los pueblos vecinos. Adonde quiera que uno fuera se lo encontraba, siempre borracho.

Su madre siempre estaba preocupada, se la pasaba orando y rogando a Dios que los cuidara y lo protegiera; además, se valía de sus amigos para que le hicieran cambiar de actitud, pero Juan no hacía caso a nadie, discutía con todos los que se encontraba a su paso.



Cierto día, Juan, el fiestero, se encontró en un lugar muy hermoso, lleno de cosas preciosas, entre ellas una cama. Entonces preguntó:

—¿Para quién están arreglando la cama?

A lo que un señor le contestó:

—Para Juan, el fiestero. Ya le llegó el momento de morir y esa es la razón por la que estoy preparándome para su recibimiento.

Este señor era el mismo demonio, que estaba disfrazado. Le pidió que tocara la pared con un dedo y cuando lo hizo, no solo se quemó el dedo, sino toda la mano.

Muy arrepentido de todo lo que había hecho en su niñez y su juventud, decidió ir a la iglesia a confesarse de todos los pecados cometidos. Terminada la confesión, el sacerdote le mandó a rezar tres padrenuestros, tres avemarías y a que se arrepintiera de todo

corazón, para que le fueran perdonados los errores cometidos durante toda su vida.

Es así que Juan, el fiestero, tomó en sus manos una guitarra y entonó varias canciones y alabanzas al Señor. Sintió mucha emoción por haberse salvado y murió de alegría. En ese mismo instante bajaron del cielo varios ángeles y se llevaron a Juan, el bandolero, en cuerpo y alma.

Una monja que estaba en la misma iglesia, observando paso a paso todo lo que sucedía, se dijo: "¿Cómo puede salvarse una persona que toda su vida se la pasó haciendo maldades y que, además, siempre andaba borracho, de fiesta en fiesta y buscando peleas? Con más razón tengo ganado el cielo, ya que paso sirviendo a Dios día y noche". Entonces tomó una piedra y golpeó su pecho diciendo: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa", y al tercer golpe murió. En eso llegaron unos animales negros, como buitres, y se llevaron el cuerpo de la monja a ocupar el lugar que estaba preparado para Juan. Esto le pasó a la monja por ser orgullosa y pensar solo en su salvación.

 

PEDRO LUIS ÁLVAREZ
nació en El Pailón, Carchi, en 1980. Trabaja en la Unidad Educativa Ecuador. Sus actividades favoritas son leer y escribir poesía.

El árbol de la paciencia

Allá, por lejanos tiempos, en el desconocido e inexplorable desierto del África creció un árbol al borde de un camino. Tanta era la aridez del suelo que los viajeros miraban cómo, pasado un buen tiempo, crecía una hoja o una rama. Todos se preguntaban "¿cuándo terminará de crecer este árbol?". La mayoría de viajeros se había preguntado lo mismo. Sin embargo, el árbol no dejaba de crecer, todos los días recibía amablemente la brisa polvorienta que levantaban los cascos de los camellos que pasaban con sus amos, recibía angustiado el sol abrazador que agobiaba sus

escasas hojas, pero se ponía muy alegre cuando diminutos granos de llovizna acariciaban sus ramas, y soportaba fuertemente el intenso frío de la noche.

Así pasaban los años y su tallo se iba forjando como el de un gran baobab, con sus ramas extendidas que daban sombra a cualquier viajero.

Un buen día, varios pajaritos llegaron a posarse sobre sus ramas y, al ver que estas eran muy frondosas, decidieron buscar comida en ellas, pero no la encontraron. El árbol estaba muy feliz de sentir que alguien utilizaba sus ramas, pero los pajaritos pronto lo abandonaron, dejándolo nuevamente solo, al borde del camino. Llegada la noche, el árbol pensó: "Hace falta que mis ramas den frutos a mis visitantes", y entonces el gran baobab imploró al viento y a las nubes que le regaran con sus cristalinas gotas de agua.

Las lluvias tardaron en llegar, el árbol sentía que sus ramas no eran suficientemente fuertes, hasta que un atardecer vio, sobre el oscuro horizonte, un inmenso nubarrón que se apresuraba abriéndose paso entre las colinas. Llegada la noche, sus ramas recibieron una ráfaga de frías gotas que se escurrían libremente por el tallo. A la mañana siguiente el gran árbol había florecido, para sorpresa de todos los caminantes.

Pero pasaba el tiempo y aquellos caminantes empezaba a impacientarse, al ver que ninguno de los frutos que nacieron de cuantas flores brotaron de sus ramas tuviese la forma de una fruta, eran diminutos puntos verdes acurrucados en las puntas de las ramas. Una vez más, el árbol se entristeció y pidió angustiado a las nubes que descargaran abundantes gotas de agua sobre sus desérticas ramas, que se ahogaban besando la arena de los caminos. Sucedió entonces que el gran baobab hizo caer todas sus hojas; al atardecer, el viento empezó a soplar sobre sus ramas y las hojas, una tras otra, como un desfile de palomas, se arrebataron



sobre el lejano horizonte. Había empezado la desertificación de sus coposas ramas, que un día fueron nido del polvo y de algunos pájaros juguetones que saltaban incansablemente en busca de comida. Pero pronto las nubes se dieron cuenta de que algo estaba pasando. Se congregaron en las orillas del océano, avanzaron con paso firme entre las colinas agrietadas por el sol y en un instante de precipitada carrera dejaron caer su abundante cargamento.

La lluvia no cesaba. Día y noche, iban y venían sobre la sabana copiosos mantos blancos cargados de la fuente de la vida. El horizonte se desdibujó, ya no era el amarillento y polvoriento paisaje que cubría la inmensidad, ya no estaban las moribundas plantas sedientas, al contrario, las verdes hojas se columpiaban alegremente de las ramas de los árboles y se adornaban cada vez más con flores de vistosos colores, atrayendo a los pájaros y a mariposas a una gran fiesta.

El gran baobab, agradecido por tanta lluvia, decidió hacer crecer sus frutos todos los días. Los pájaros saltaban felices buscando entre las hojas diminutos gusanos y se olvidaron de los frutos que crecían sobre sus ramas.

Pasado algún tiempo, volvió a pasar por aquel polvoriento camino un cansado viajero que, al ver la sombra abrasadora del gigantesco árbol, decidió darse un descanso en las confortables raíces de su amigo. Sin levantar la mirada y pensando en el lejano viaje, el viajero se recostó tranquilamente, esperando que la sombra lo reconfortara un poco. En un buen rato aquel hombre se quedó dormido, presa del cansancio y, entre sueños, imaginaba al gran árbol de baobab con unos maravillosos frutos balanceándose en las ramas. Era tan profundo e imaginario el sueño que ya se encontraba en las ramas del árbol, acariciando sus frutos, cuando un fuerte viento lo arrojó al piso con el fruto en la mano. Estaba tan alto que pensó que sería una caída dolorosa si no intentaba poner las manos antes de llegar al suelo cubierto de filosas piedras. Cuando estuvo a escasos veinte centímetros del suelo sintió el gran golpe en su pesado cuerpo, que despertó asustado.

Una suave brisa acariciaba el aire de aquella tarde, y a su lado encontró el fruto que lo había despertado. Disfrutó mucho al saber que había encontrado algo de comida y desde aquel entonces no dejó de visitar al gran baobab que había esperado pacientemente para darle sus deliciosos frutos.



En este libro encontrarás relatos de seres de otros mundos, de la Luna, del mar, de la selva o del Polo Norte; relatos de seres fantásticos, zombis, dioses, semidioses o animales protagonistas; relatos oníricos o de ciencia ficción. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.








/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec